

ignora las realidades éticas, sino que las suplanta, utilizando categorías pseudo-éticas y pseudohumanistas que, finalmente, son las más opuestas a un auténtico humanismo.»

Si, como apunta Huntington, son las profundas diferencias culturales existentes entre los tres grandes bloques humanos —el mundo occidental, el mundo islámico y el mundo budista confucionista—, las que definen las diversas estructuras sociales y económicas; si como se refleja en la concepción de Alejandro Llano y otros notables pensadores actuales, la pretendida superioridad del mundo occidental se apoya sobre tres pilares propios: la “filosofía griega” —el valor de la razón y un Dios causa del Universo—; el “derecho humano” —la *lex*, garante de la seguridad jurídica— y el “pensamiento judeocristiano” —dignidad inalienable de toda persona como imagen de Dios y derechos inherentes basados en su propia naturaleza y no en eventuales concesiones del poder o el querer del Estado o la sociedad, si la armonía e integración de estos tres pilares son las que deben generar en la civilización occidental las peculiares estructuras económicas y organizaciones humanas que, acordes con el progreso, respeten la centralidad de la persona humana; si en medio de la complicada coyuntura sociopolítica de Occidente en el final de milenio se vislumbra un modelo de empresa que puede seguir siendo la institución capaz de producir el desarrollo económico, la dinamización de la sociedad, la promoción de la persona y de las libertades, sin duda se debe a que pensadores con la originalidad, la libertad y la potencialidad intelectual de Juan Antonio Pérez López han dejado muchas luces claras en un camino tan intrincado.

Sirvan estas líneas de reconocimiento y homenaje a la figura de un hombre que, por encima de sus notables cualidades intelectuales y docentes, supo armonizar, con impecable estilo, su talante de pensador con su profunda fe católica y su desbordante y atractiva personalidad.

Descanse en paz

BREVE TRAZO DE UN PROFESOR HUMANISTA *

*Santiago Alvarez de Mon
Profesor Adjunto
IESE, Universidad de Navarra*

La pérdida irreparable de Juan Antonio Pérez López, compañero de tareas docentes, maestro irreplicable y amigo entrañable, convierte la petición de pergeñar unas líneas en tarea harto difícil. En mi memoria, y en la de todos los colegas de Claustro del IESE, se agolpan sus enseñanzas generosamente impartidas, sus reflexiones sobre la empresa como institución clave para la suerte de un país, sus tertulias sin la tiranía del reloj sobre diversos aspectos de la realidad social (España y su clase dirigente, la crisis de Occidente, el cristianismo ante el próximo milenio, el papel de la mujer como directiva...).

El profesor Pérez López era un pensador extraordinario por su originalidad e independencia, valores carísimos en una sociedad crecientemente estandarizada y despersonalizada. Poseedor de una cabeza privilegiada, observaba los problemas del hombre con una mirada incisiva y penetrante, rastreando con su lógica la relación causal de los síntomas en los que otros, más impacientes y superficiales, se quedaban.

No obstante su talento e inteligencia excepcionales, lo que más llamaba la atención en él era su forma transparente de ser, donde no había cabida para los pliegues y dobleces de otras mentes más torturadas. En un mundo universitario herido a menudo de soberbia y autocomplacencia intelectual, Juan Antonio reboaba por todos sus poros campechanía y nobleza. Con él, el protocolo falso, la sonrisa superficial, el halago interesado habían perdido definitivamente la batalla frente a la franqueza y sinceridad de un hombre libre en búsqueda de la verdad.

Estudioso empedernido de la complejidad del gobierno de las organizaciones humanas, parte de su investigación ha quedado recogida en su libro «Fundamentos de la dirección de empresas», obra de obligada lectura para quien quiera profundizar en los entresijos del arte de la dirección.

* Artículo publicado en el diario *Cinco Días*, Madrid, 24 de julio de 1996

Humanista universal, manejó conceptos típicos del *management* –motivación, comunicación, estilos, delegación, liderazgo– desde ángulos impensados e inéditos. Empeñado en definir las claves de una empresa que sirviera al ser humano, no se quedó en una lectura del poder como fin en sí mismo, sino que se interrogó constantemente: el poder, ¿para qué? La respuesta la encontró en la idea de servicio a los distintos partícipes de la empresa (clientes-misión externa, empleados-misión interna, accionistas) y a la comunidad donde ésta inserta su actividad económica.

Trascendiendo una visión puramente sociológica del liderazgo, llena de estadísticas, modas y lugares comunes, la tesis de Juan Antonio hincó sus raíces en bases más sólidas, en valores inherentes al ser humano y, como tales, universales e intemporales. Su tesis tridimensional de la motivación –motivos extrínsecos, intrínsecos y trascendentes–, sacaba al profesional de la dirección de la tupida red en que el taylorismo y algunas escuelas de pensamiento del movimiento de las relaciones humanas le habían encerrado, mostrándole un camino donde recobraría el control y sentido de su carrera. Su clásica distinción entre motivos y motivaciones, el estudio de la decisión y acción humana en toda su complejidad y dinamismo, la importancia de dilucidar el tipo de aprendizaje –positivo y negativo– que toda experiencia guarda, son algunas de las reflexiones que el lector del profesor Pérez López encontrará en el libro antes mencionado. Una advertencia, Juan Antonio no es un autor que se pueda leer en diagonal. Su estudio requiere la lucidez y paciencia que sólo el ocio activo puede proporcionar.

En su inquietud por configurar y explicar los ejes de una empresa económicamente eficiente, socialmente atractiva y antropológicamente consistente y unida, se sirvió de diversas ciencias sociales, alumbrando de este modo un método de trabajo interdisciplinar. De formación básica cualitativa, para resolver el problema industrial del ser humano no pasaba de puntillas por los números. «Si se quiere ser socialmente responsable, hay que ser eficaz y productivo», solía decir, razón por la que dedicó gran parte de su tiempo al análisis de los economistas de mayor prestigio.

Teniendo el alma sensible de un niño grande, tampoco escatimó esfuerzos para estudiar las variables psicológicas del decisor. Su conocimiento, por ejemplo, de los trabajos sobre logoterapia de Víctor Frankl era sorprendente. Su lealtad a los clásicos, Aristóteles por encima de todos, no le impidió ser un hombre de su época.

Últimamente se enfrascó en el análisis de la sociología con la pasión propia de los jóvenes. En los capítulos finales de su vida “trabó amistad” con Max Weber, con quien mantenía un diálogo fecundo a través del volumen «Economía y Sociedad» del gran sociólogo alemán.

Sólo desde un sustrato antropológico que respete la dignidad y libertad del ser humano se puede construir un edificio social sólido y acogedor

Sus cavilaciones sobre la economía, la psicología, la sociología, animadas de su interés por todo lo que pudiera contribuir al acervo científico de la humanidad, convergían en la antropología, ciencia subordinante de las demás como a él le gustaba denominarla. Sólo desde un sustrato antropológico que respete la dignidad y libertad del ser humano se puede construir un edificio social sólido y acogedor.

Era un hombre vital, que exprimía el presente, relativizaba la inmediatez e incertidumbre del futuro más cercano y que irradiaba optimismo cuando se estiraba el horizonte temporal del quehacer humano. Sabio usuario del tiempo que se le dio en préstamo, para Juan Antonio vivir no fue simplemente perdurar. Vivir era disfrutar viajando en dirección hacia la máxima perfección y sabiduría, síntesis de corazón y de razón. Felizmente para él, desgraciadamente para los que notamos su vacío, el viaje ha concluido.